

Agresividad e imagen del cuerpo*

MIRTA C. de PEREDA,
AÍDA FERNÁNDEZ,
MERCEDES F. de GARBARINO,
VIDA M. de PREGO,
GLORIA M. de PIZZOLANTI,
ISABEL PLOSA,
POLA V. de HOFFNUNG

RESUMEN

La hipótesis teórica planteada en estas notas es si la pulsión de apoderamiento constituye un elemento fundamental para la adquisición de la identidad en el niño y si ésta conlleva naturalmente la lucha con el otro. Esto estaría relacionado con una supuesta dirección progresiva de la pulsión de apoderamiento a una pulsión sádica de apoderamiento o un interjuego entre ambas que da los elementos naturales de agresividad afirmatoria del yo del niño en desarrollo. Se nos plantean dudas sobre el destino que tienen en la obra de Freud estos conceptos introducidos tempranamente. Nos referimos a que con la aparición en 1920 del concepto de pulsión de muerte se reabren los interrogantes acerca de la conceptualización de la agresividad.

Con el material clínico mostramos dos modos de presentarse la agresión en el cuarto de juegos. En el primer caso, el lado de apoderamiento fue señalado en el curso del relato. El lado de la agresividad surge como pacto coadyuvante

* Notas elaboradas para el XIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis –Rio de Janeiro, Nov. 1980– por el grupo de estudios sobre Psicoanálisis de Niños coordinado por M. F. de Garbarino e integrado por las autoras.

de la afirmación de sí mismo, en el juego del sí y el no por el uso de la canilla con un otro, analista, que lo reconoce y también lo limita.

Emerge agresividad destructiva y desorganizante cuando el niño afirma haber hecho una pelota y no obtiene reconocimiento del otro, la madre ahora.

En el segundo ejemplo presentado la agresividad surge como defensa ante a la angustia de fragmentación.

Nos proponemos plantear en estas notas algunos problemas con respecto a la articulación entre la emergencia de la agresividad y el papel que ésta puede desempeñar en la adquisición de la identidad en el niño.

Desde sus primeros trabajos, Freud captó la importancia de las conductas agresivas que aparecían como un rasgo particular del tratamiento psicoanalítico, ya sea en las manifestaciones de la transferencia, tanto como la agresividad propia de las distintas presentaciones psicopatológicas; por ejemplo: paranoia, neurosis obsesiva. En el desarrollo de la primera teoría de las pulsiones no aceptó la existencia de una pulsión específica de agresión a pesar de haber utilizado algunas veces el término de pulsión o tendencia hostil (5, pág. 14).

En los “Tres Ensayos” encontramos la referencia a una pulsión de apoderamiento o de aprehensión (Bemächtigung) que actúa en conjunción con la pulsión sexual, particularmente con la pulsión escópica. Esta conjunción produce la actividad que se manifiesta a través de la musculatura. Freud lo ejemplifica con el lactante al succionar que realiza una acción simultánea de tironeo rítmico del lóbulo de su oreja y el apoderamiento de una parte de la otra persona, muchas veces la oreja de la madre (2, p. 163). Se trata en esta conducta de un movimiento hacia sí, de mirar-tocar y apoderarse.

A partir, entonces, de la pulsión de apoderamiento surgen mociones crueles que van a emerger en la vida sexual durante la organización pre-genital (2, pág. 175 notas).

Se produce una anastomosis entre pulsiones de origen independiente, que pueden ocurrir en un estadio muy temprano. La pulsión de apoderamiento

deviene en pulsión sádica de apoderamiento. La crueldad es enteramente natural en el niño; su inhibición surgirá tardíamente al instaurarse como dique la capacidad de compadecerse.

En “Los Instintos y sus Vicisitudes” (3) Freud agrega que las pulsiones mencionadas producen la actividad desplazada por la musculatura permitiendo al niño hacerse dueño de su propio cuerpo, de sus propios miembros.

Pensamos que esto está vinculado con los conceptos que Freud expuso en el “Proyecto” (1) sobre la relación del niño con su madre, primer objeto gratificador y hostil en esa época de indefensión y además primer objeto semejante a sí mismo con quien realiza intercambios que le permiten reconocer percepciones que coinciden o no con otras demandas de su propio cuerpo, de sus propios movimientos, de sus gritos, de sus emisiones vocales.

“De ahí que sea en sus semejantes donde el ser humano aprende por primera vez a reconocer” (er-kennen) (1, pág. 922). Es en su semejante, a través del mirar-tocar y apoderarse del otro y de su cuerpo, también como otro al que ve y siente moverse y gritar, que aprende a reconocerse.

Esta concepción de la imagen del cuerpo propio se aleja de lo que Freud expresa sobre el “yo-cuerpo” en “El Yo y el Ello” (4).

En la caracterización y descripción del yo, Freud señala que en la génesis del mismo, **“además del influjo del sistema P, otro factor parece ejercer una acción eficaz; el cuerpo propio y sobre todo su superficie del que parten simultáneamente percepciones internas y externas.”**

“El yo es una esencia-superficie pero además es él mismo la proyección de una superficie.”

Acá introduce una llamada que aparecerá sólo tardíamente (1927) y que mantuvo sólo en algunas traducciones: **“El yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo.”**

“Cabe considerarlo entonces como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar la superficie del aparato psíquico.”

Creemos que la utilización del concepto yo-cuerpo, yo-corporal, adquiere una formalización más precisa en este texto de la segunda tópica freudiana. Es indudable que en el desarrollo del niño cobra importancia sustancial todo lo que tiene que ver con experiencias corporales; tanto en la relación inicial de ser un

cuerpo más, pasivo, recibiendo caricias y cuidados, como en todo el resto del desarrollo infantil (la motilidad, el descubrimiento del mundo por los órganos de los sentidos, el dolor, que el propio Freud jerarquiza denominando “papel arquetípico” para la adquisición de la representación del cuerpo propio). En este sentido nos acercamos algo a ese énfasis corporal para caracterizar el yo que propone Freud al afirmar al final del capítulo: **“el yo candente es ante todo un yo-cuerpo”**. Sin embargo, nuestra concepción en función del desarrollo en el niño de su identidad, excede esa formulación de yo-cuerpo, abarcando en cambio las vicisitudes identificatorias y todos sus movimientos pulsionales.

Pensamos que los ejemplos clínicos que exponemos a continuación dan cuenta de las reflexiones previas. En el primero de ellos vamos a considerar cuatro entrevistas realizadas con fines diagnósticos.

Concurren a la primera ambos padres. En el transcurso de ella, los datos de la historia del niño son aportados espontáneamente por la madre quien asume el rol activo, mientras el padre se limita a contestar algunas preguntas que le hace la analista. Sergio tiene cinco años, presenta un retardo en el lenguaje, inquietud psicomotriz y enuresis. Según los padres hubo una coincidencia entre el comienzo de esta sintomatología con el nacimiento de un hermanito y la muerte de la abuela paterna, con la que mantenía un vínculo importante.

La segunda entrevista se realiza con el niño solo, quien se muestra alegre, aunque un tanto inquieto y movedizo. Transcribimos a continuación algunos fragmentos de la misma. Al entrar Sergio no ofrece resistencia; mientras la analista le explica el motivo de estas entrevistas, él se mueve de un lado a otro denotando inquietud psicomotriz. Señala diferentes objetos, diciendo: **“Eto, eto”** (esto). Parece no prestar ninguna atención a las palabras de la analista y causa la impresión de que no se comunica. Luego toma un auto y dice: **“Catea, colé, colé”** (Carrera, corre, corre) mientras lo desliza sobre la mesa. Sergio habla muy defectuosamente y apenas se le entiende. Deja el auto, toma un indio y señala su boca, nombrándola. Luego con un dedo recorre todo el cuerpo del indio. La analista interpreta que algo le pasa en la boca y en todo el cuerpo.

Sergio vuelve a tomar el auto y al manipularlo se le salen las ruedas.

En este momento se interpreta que siente su cuerpo desarmado, en pedazos, como el auto. Le entrega el auto a la analista indicándole que lo arregle. Esta le coloca las ruedas y Sergio vuelve a hacerlo andar diciendo: **“Galea, catea” (carrera).**

Frente a estas primeras interpretaciones el niño se siente comprendido y reconocido como persona, como persona en tanto cuerpo y cuerpo que está padeciendo. Es por esto que tal vez se acerca de inmediato mucho a la analista, la toca, intenta quitarle el lápiz, el cuaderno, al mismo tiempo que pregunta: **“¿Eto?”** (¿Esto?).

Continúa realizando diferentes “dibujos”, se acerca cada tanto a la analista pegando su cuerpo al cuerpo de ella. Esta le interpreta su dificultad de diferenciar los cuerpos, la falta de límites. La analista señala su propio cuerpo y el de Sergio como otro cuerpo separado. El repite el gesto siguiendo el contorno de su cuerpo, mientras dice: **“Acá, acá, acá”.**

Es mediante el mirar, tocar y apoderarse de los objetos de la analista (lápiz, cuaderno), de parte del cuerpo de ésta, su semejante, que el niño pretende reconocerse, apoderarse de su propio cuerpo. Son éstas las conductas que denotan el proceso de identificación que el niño logra a partir del lugar que la analista le da; por ello puede jugar, simbolizar.

Introduce lápices y goma en una cajita; se le escapan por el lado opuesto. Sale afuera del consultorio y habla algo con la madre. Como no vuelve, la analista lo va a buscar. Entra.

Pensamos que Sergio se va porque a pesar del señalamiento de sus límites corporales, en la línea de su identidad, no puede todavía manejar su cuerpo, “contenerse”, en tanto no se ha sentido “contenido” en su pasado, al igual que los lápices en la caja.

Al volver al consultorio toma un autito que inmediatamente se le cae y comenta: “cayó”. Sigue mostrando su dificultad de “marchar entero” si se separa del otro. Si esto sucede, él “cae”. Esto lo gráfica más claramente cuando hacia el final de la entrevista tira todo el contenido del cajón de juguetes, esparciéndolo por todo el piso del consultorio, lo que se interpreta como la demostración de su miedo a separarse, que equivale, para él, a quedar en pedacitos, todo desparramado.

En la tercera entrevista la madre entra al consultorio junto con el niño, hecho planteado anteriormente con ella y Sergio. La conducta de él fue

totalmente diferente de la anterior: agradece repetidamente a la madre, a la analista y mantiene durante todo el tiempo un estado de inquietud mayor.

Aparece como otro niño.

Transcribiremos al igual que en las anteriores, algunos pasajes de la misma.

Entra contento e invita a su madre: **“Ega mamá”** (Venga, mamá).

Pide papel y lo toma junto con tizas y lápices. Dice: **“Qmá, equibí”** (Toma, escribí). Luego con un muñeco hace un movimiento violento, como de choque de éste contra la madre y luego contra la analista. Dice al mismo tiempo algo que ésta no entiende, por lo que interroga a la madre acerca de lo que dijo Sergio. Ella contesta: **“No sé”**. Hace algunos “dibujos” y comenta: **“Mamá, “Cara”, “Mía”, “De mamá”, “Borré”**. Se le dice que él se siente borrado porque es mamá o parte de la analista (relacionándolo al pegoteo de la entrevista anterior).

Sigue dibujando y dice: **“Piba”**. La madre explica que es un personaje de la TV. Agrega que la ven juntos con mucha frecuencia dado que a ambos les gusta mucho. **“Pero a mí -dice- de noche no me gusta mirarla y qué casualidad, él de noche está cansado y tampoco la mira”**.

Se le señala la coincidencia. Sergio se dice pegado o como una parte de la mamá y ésta lo confirma con el comentario anterior. La madre mira a la analista sorprendida y con gesto de rechazo, mientras Sergio dibuja y dice: **“Papá”**. La analista pregunta: **“¿Dónde está papá?”** El responde: **“En cama”**. La madre se ríe. A partir de este momento ésta, que había permanecido muy callada, interviene mucho más preguntándole a Sergio: **“¿Qué haces? ¿Cómo se llama?”**, etc. También habla a la analista contándole varios hechos. Nos parece claro ver que cuando Sergio nombra al papá, es decir lo hace presente, la madre se torna más activa, más interesada por su hijo. Pensamos que este cambio está determinado por su deseo de dejar “afuera” al padre y reubicarse ella junto al niño como creemos que es habitual en su vínculo con él. Respondiendo a algunas preguntas, la madre se refiere en forma muy confusa y con una actitud bastante inefectiva a su propia familia. Durante el curso del relato, Sergio se agita, le pega a la analista y le tironea el cabello.

Se interpone entre ésta y su madre gritando, mientras tira los juguetes con mucha agresividad contra el suelo. Sergio se torna inmanejable, se coloca frente a la analista mostrándole algo que tiene en la boca. Se trata de un chicle que sacó de entre la basura que había en una papelera. Es evidente que el

niño se siente muy mal, una basura, al comprobar, por la actuación de la madre, que ésta no le permite separarse, independizarse, asumir su propio cuerpo y lo ve o se ve como desintegrado, deshecho.

Decimos esto en virtud de que el consultorio, al igual que en la sesión anterior, quedó totalmente sembrado de juguetes y trozos quebrados de éstos. Sin embargo, quisiéramos destacar la diferencia entre una y otra entrevista. Si bien en ambas quedaron los juguetes desparramados de la misma manera, podemos decir simbolizando su cuerpo fragmentado, el curso de las entrevistas fue completamente distinto. En la anterior el resultado final sucede después de que Sergio se comunica con la analista pidiéndole ayuda, destinada a mostrarle a ésta lo que le pasa.

Pensamos que algo del orden de la pulsión de apoderamiento estaría representado en las actitudes del niño y hacia el fin de la sesión surge el desborde como señal del fracaso del intento identificatorio. Pero no hay agresividad u hostilidad; luego en los encuentros con la madre presente surge un paso más de la exteriorización de este proceso. Se manifiesta la hostilidad y la agresión directa.

En la siguiente entrevista el niño entra primero solo con la analista. Hace “dibujos” en el pizarrón y dice palabras sueltas en su media lengua, como: “*Mamá, víbora, pelota*”, etc. Palabras que si bien no tienen coherencia aparente, sin embargo, son palabras cargadas de sentido y con una intención de comunicación. En este juego incluso llega a nombrar a la terapeuta en un momento dado.

Sergio pasa luego a jugar con agua. Pide para ir al baño. Para llegar hasta él es necesario pasar por donde está la madre. La señora pregunta: “*¿Vas solo?*” (Iba acompañado por la analista.) Sergio sigue su camino sin prestar atención. La mamá insiste: “*¿Voy contigo?*” En este momento observamos la conducta de la madre en su repetida modalidad de expulsar a cualquier posible tercero. A pesar de que, como vimos, se ocupa poco del niño, frente a la eventualidad de que Sergio fuera atendido por la analista, se descoloca e interviene de manera incisiva tratando de atraer la atención del niño, así como hace cada vez que Sergio se relaciona con su padre.

Al entrar al baño Sergio se queda esperando que la analista lo ayude; ella lo invita a que lo realice él solo, pero contesta “no puedo”. La analista le dice que sí, que puede. Sergio finalmente lo hace de manera adecuada. Al terminar

se vuelve a dirigir a la analista diciendo: “subirme” (la ropa); ésta le indica que lo haga él, y también lo hace.

Prosigue su juego con el agua pero ahora no sólo chapotea contento sino que apoya sus manos mojadas en la pared, borde de la pileta, etc. Es como si en este juego se viera a sí mismo, como si se mostrase el contorno de sus manos. Pensamos que es una respuesta al hecho de haber podido usar y manejar su cuerpo en el cuarto de baño, darse cuenta de que sus manos pueden hacer cosas.

Como se estaba mojando demasiado la analista le pone límites con el agua. El responde mojándole el cuaderno, tirándole gotas de agua, e iniciando un juego de abrir y cerrar la canilla, respondiendo con un “sí” a cada “no” que le dice la analista. Vale decir, responde con enojo frente al límite impuesto, pero es un enojo adecuado, cargado de comunicación y con una actitud de jugueteo divertido.

Creemos que el enojo no es sólo por el límite en el juego sino también porque éste implicaba una prohibición de seguir expresando algo con relación a su cuerpo.

En este momento, se hace entrar a la madre y él está “dibujando” en el pizarrón. Dice: “*pelota*”. La madre interviene comentándole: Eso no es una pelota. Sergio contesta firme: “*Si, pelota*”, “*a pintar*”. La madre insiste. Esta actitud de la madre de coartar todo intento creador del niño, es decir, pensando con Winnicott (7), su incapacidad para establecer un encuentro con él que permita desarrollar un espacio de ilusión entre ambos, es uno de los aspectos más negativos de su relación con el niño. La imposibilidad de ‘jugar’ con él y sobre todo de permitirle la instauración del espacio transicional necesario para el acceso posterior al espacio de la creatividad, explica la frustración de Sergio y su conducta agresiva, desorganizada. Podemos señalar en este sentido la diferencia que existe entre este comportamiento y lo manifestado por Sergio en su relación con la analista cuando ésta lo comprende y valora sus dibujos, lo cual permite el surgimiento de una actitud de mayor integración y de seguridad en el niño.

Luego de la intervención de la madre, Sergio inicia una conducta sumamente agresiva, atacando los juguetes, a la madre y a la analista. A pesar de que en un momento dado le trae un juguete a ésta para que lo arregle, luego que lo hace, Sergio lo tira con rabia contra el suelo y lo vuelve a romper.

Va a la sala de espera, desordenando todo. Parece evidente que la desorganización que se produce es debida al rechazo de la madre, rechazo a aceptar las cosas que él puede hacer. Es así que cambia también la imagen de la analista, reforzando en lo transferencia I, la vivencia de la madre que no ayuda.

Vimos con claridad cómo pudo soportar anteriormente los límites que imponía la analista, mientras que en este momento no le es posible, terminando la entrevista en forma caótica.

En la quinta entrevista, a la cual se cita al padre con el niño, acude también la madre quien intenta entrar a la sala de juegos creando una situación de duda en el padre, que llega incluso a preguntarle: **“¿La entrevista no es conmigo?”**. Al final entran los dos. Se sientan de tal manera que la señora queda detrás del padre con respecto a la analista. El señor empieza de inmediato a dirigir al niño con actitud prohibitiva. Sin embargo, en cuanto Sergio comienza a trabajar, al padre lo alienta orientándolo a la tarea. El padre se muestra muy satisfecho y comenta: **“Es como volverá la escuela y ser niño”**. Por la forma como siguió desarrollándose la entrevista, se pone de manifiesto la buena comunicación del niño con el padre.

En un momento dado de la sesión, la madre comienza a intervenir en forma verbal, estableciendo un diálogo con el padre, durante el cual el padre sigue atendiendo a la tarea que realiza el niño. Se plantean situaciones con respecto a la educación del niño, en las cuales se ven discrepancias frente a las que el padre cede y acepta que se haga la voluntad de la señora.

Observamos en este material tres aspectos del padre, dignos de ser destacados ya que inciden en la organización de esta familia y por lo tanto en los trastornos que Sergio presenta, si bien es cierto que él es quien realmente entiende al niño y lo acepta y crea una buena relación entre ambos.

1. Tiende a identificarse en exceso con el niño jugando con él como un igual.
2. Su actitud con el hijo es de carácter directivo e intrusivo.
3. Mantiene una conducta pasiva frente a su mujer.

El segundo ejemplo clínico es el de un niño de cinco años, Pedro, en análisis desde hace un año y medio aproximadamente, con una estructuración muy frágil que bordea la psicosis.

Luego de una suspensión del análisis por motivos personales de la analista, inicia la sesión con una actitud mimosa de acercamiento y sonriente, luego comienza a pegar a la analista. Se le enseña su necesidad de contacto, luego su pegar como un reproche por la ausencia. Poco a poco la sonrisa desaparece y se constituye una mueca, gesto vacío, sin alegría, evidenciando mejor su deseo de atacar. Insiste en sus golpes que cada vez son más vivos, más intencionalmente agresivos. Se interpreta su rabia y ataque por sentirse abandonado, hasta que en un momento dado resbala, se cae y comienza a llorar. Más que un llanto son desgarradores gritos de dolor, en un tono increíblemente alto. La reacción inmediata de la analista fue saber si se había lastimado algo que justificara su enorme "dolor". Pero no había nada, ninguna marca que lo evidenciara. Se le señala que no se había hecho daño alguno, en un intento de ayudarlo a asumir la realidad. Luego cuando entre sus gritos desencajados articula una "MALA" se comienza a interpretar la situación proyectiva de golpearse: ser golpeado por una madre mala que lo hace caer, que lo hace sufrir, porque tal era el tono de sus gritos-llanto. Sin embargo, estas interpretaciones no promovían cambio alguno. Estaba como enajenado en su dolor y parecía no oír (la situación así descrita se prolongó 15 minutos). Se le dice entonces que escuche pues se le va a mostrar lo que ocurrió y dirigiéndose al pizarrón va dibujando las escenas precedentes. Pedro pegando a la analista, luego cayéndose, siempre en viñetas, se dibujaba a Pedro y a sí misma. Le decía al dibujarlo (cosa que luego se valoró teóricamente), detalles de su figura, su pelo ensortijado, sus vaqueros. Luego de una secuencia donde Pedro está en el suelo caído, la analista se tacha con una cruz y se le señala que así le había ocurrido, que la MALA hacía desaparecer a la analista. Se dibuja las lágrimas rodando por su cara y luego cuando se incorpora. Poco a poco se fue calmando y escucha y mira atentamente. Luego, ya sereno, saluda y se despide pues es la hora de terminación.

En este material se nos destaca por un lado la angustia que por los caracteres vivenciales y por la respuesta contra-transferencial hizo pensar en una angustia de despedazamiento. No oía, no veía, sólo gritaba. Por otro lado, la agresión que previa a la caída se había ido desplegando en el vínculo, era tal vez un modo de manejar esta angustia fragmentante. Era la defensa contra ella; mientras agredía estaba entero.

Las interpretaciones de agresión-ataques no movilizaron cambios en su actitud que prosigue hasta caerse proyectando (con el MALA) una imago materna fallante en su rol de continente, de formadora del YO.

Creemos que la argucia interpretativa que implicaba una reconstrucción-dramatización de la escena tuvo los efectos de estructuración de un cuerpo que se fragmenta, que se cae y se quiebra. Al ir dibujándolo ve, como en un espejo-pantalla-pizarrón su imagen nuevamente recompuesta y puede identificarse, unificarse nuevamente, salir así del marasmo en que se había sumido.

Al interpretar desde una tercera persona del relator de la escena, se hacía entrar en juego a un tercero ordenador del caos (hostil-retaliativo-desorganizante).

BIBLIOGRAFÍA

1. SIGMUND FREUD - "Proyecto de una psicología para neurólogos". Biblioteca Nueva, Tomo III.
2. SIGMUND FREUD - "Una teoría sexual". Biblioteca Nueva, Tomo I.
3. SIGMUND FREUD - "Los Instintos y sus destinos". Biblioteca Nueva, Tomo I.
4. SIGMUND FREUD - "El Yo y el Ello". Biblioteca Nueva, Tomo I.
5. LAPLANCHE y PONTALIS - Vocabulaire de la Psychanalyse. Presses Universitaires de France.
6. DONALD WINNICOTT - Realidad y juego. Cap. I. Objetos transicionales y fenómenos transicionales. Edit. Granjea.